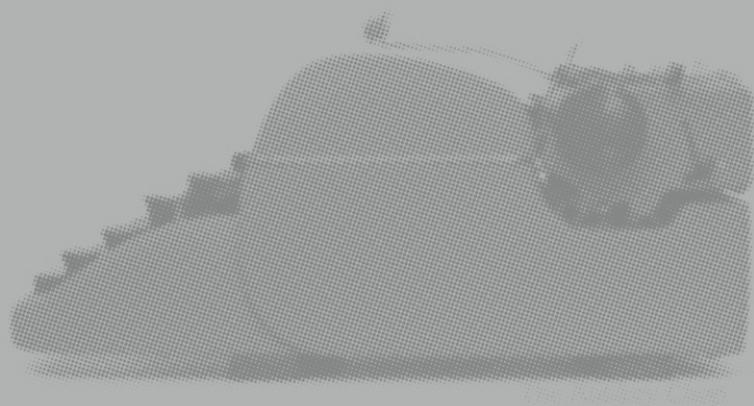


EDICIÓN DE CLAUDIA DARRIGRANDI

Carlos Droguett

*Mi ignorancia tiene disculpas:
Crónicas de patria, pobreza y guerra mundial*



LA POLLERA

Carlos Droguett

Mi ignorancia tiene disculpas:

Crónicas de patria, pobreza y guerra mundial

EDICIÓN DE CLAUDIA DARRIGRANDI



Índice

Prólogo	7
CHILE EN LOS OJOS DE DROGUETT	
Una interpretación de la navidad	21
Defensa del conventillo	25
Arriendos y clase media	30
Consuelo al doctor	34
La leyenda de Arturo Prat	37
O'Higgins y los pobres	41
La patria	45
Chile y lo sísmico	52
La esclavitud abolida	57
Alcance al censo	61
Patero y yo: Un fiscal don Patricio	64
Patero y yo: Niños en aceite	66
Patero y yo: El último lanzamiento	68
Patero y yo: Precios nutritivos	70
Sin cerebro	72
Arturo Prat y un niño chico	77
Cien gotas de envidia y doscientas de estupor	81
PERFILES Y PERSONAJES	
Hitler en Inglaterra	89
Byrd, el frío, el arte, la filosofía	93
Dos muertes limpias	96
Bergson	100
James Joyce	103
Un testigo en la alborada de Chile	107
El penado C 33	113
Pérez Rosales, el proveedor	121

SOBRE EL CONTINENTE

El ayayai chileno y la cucaracha mexicana	129
Patero y yo: Una gran dama	133
Patero y yo: Los faroles, gran reforma política	136
Patero y yo: Monumento al descamisado	138
Patero y yo: Solo el aprismo matará al Perú	140
Patero y yo: Un pintor alimenticio	142

GUERRA MUNDIAL

La guerra fría	147
Guerra y geografía	150
A la recherche de la France perdue	154
La mesa de la conferencia	159
Los locos en España	163
La guerra nocturna	169
Día de los muertos	174
Azaña y Roosevelt	178

**“LOS TERREMOTOS SON
NUESTROS”**

Chile en los ojos de Droguett

Defensa del conventillo

La Hora, 10 de marzo de 1940

Se están construyendo casas para obreros, casas claras, cómodas, higiénicas y muy baratas. El Gobierno y sus órganos respectivos —el Ministerio de Salubridad y las diferentes Cajas previsoras que de él dependen— están empeñados en una rápida y abundante labor constructiva de casas para obreros. Las construyen con tal ligereza que —dicen— las dejan de pie en 24 horas, como sembrados de casas, que crecieran al momento de enterradas las semillas.

Se va pues a terminar con los conventillos (esos conventos donde hasta hoy mismo han vivido muriendo las comunidades populares, las dolorosas congregaciones miserables) y esto quiere decir que se va a terminar con una tradición tan chilena, tan nacional. Se va a terminar, precisamente con una institución de suma importancia, con un establecimiento en el cual, hasta hoy mismo, se ha educado de un modo muy efectivo el alma de nuestro pueblo. Nuestro pueblo es generoso, es sufrido, es filósofo, y es dolorosamente agudo; nuestro pueblo, en suma, es muy cualitativo y todas sus excelencias, todos sus valores morales y espirituales los ha adquirido y conservado y perfeccionado, exactamente, en el medio en que él —santo laico excelente— ha vivido muriendo en su convento chico, en su comunidad conventillera. El pueblo chileno es tan inteligente, su inteligencia es aguda y grave al mismo tiempo, su inteligencia es seria y a grandes trazos despreocupada y escéptica, religiosa

y desvergonzada, y lo mismo que el pueblo ruso, supersticiosa. La poesía, los refranes, las leyendas, la música popular no han nacido evidentemente —basta referirse a su letra— sino en el conventillo, junto a la batea con lavaza, y a la ropa blanca tendida, y al humo y a los tarros rellenos de desperdicios y al quiltro, que luce un sembrado de arestín en el oeste. Por eso, la poesía, los refranes, las leyendas, la música popular, son anónimos de padre y de madre, lo mismo que los hijos del conventillo. Yo siento siempre tamborear la cueca en el patio de un conventillo musical. Así pues, nuestra más pura tradición popular ha desarrollado su sufriente vida en esos edificios de departamentos para el pueblo que son los conventillos. ¡Y se quiere terminar con ellos! Ellos son como los edificios de la época colonial en que vivieron los padres de la patria y en que funcionaron los cabildos y las audiencias; el pueblo es también un padre de la patria y él ha vivido en los conventillos y los conventillos, por eso, son históricos y no se puede, no se debe terminar con ellos. Los conventillos son, también, una Casa Colorada, a fuerza de la mucha sangre que ha corrido por ellos desde los pulmones populares y tuberculosos. ¡No, no se debe terminar con los conventillos! ¡Yo desde aquí los estoy defendiendo y no me estoy cansando de gritar!

El Gobierno que, con felicidad nos rige, es un gobierno popular netamente y por serlo sus actos deben, se ha dicho, ser netamente nacionalistas —reivindicando en lo económico, por ejemplo, nuestras riquezas que están en poder de las manos gringas. ¡El conventillo también, señor Gobierno, es una riqueza nuestra que hay que reivindicar, y no sólo reivindicar sino que aun fructificar, porque ella significa la fuente productora más segura de la cultura chilena! ¡Qué se mantengan los conventillos para que nuestro pueblo —a través de su miserable

sufrimiento— siga siendo inteligente y generoso, que se multipliquen los conventillos para enviar a residir en ellos a las clases altas que mangonearon aquí hasta la Pascua de 1938 y que fueron, y que son estúpidas y egoístas porque nunca vivieron en los conventillos! ¡Si pudiéramos cada chileno vivir por temporadas en los conventillos del diablo, qué cabezas más inteligentes no nos crecerían sobre los hombros, qué potencia intelectual no seríamos entre los pueblos de América!

Si se acaba con los conventillos ¿dónde se nutrirá nuestra cultura? ¿Dónde beberá sus aguas la novela la chilena? ¿Qué van a hacer —digamos a vía de ejemplo— Joaquín Edwards Bello, Alberto Romero, Sepúlveda Leyton? Se desea abrir pozos de petróleos, pero se quiere cegar los conventillos que también son fuentes productoras, no sólo de cadáveres y de delincuentes, como se está viendo. Nuestro Gobierno debe andar con pies muy pesados en un asunto de tanta importancia como el de que aquí se trata, porque él invade no sólo los aspectos materiales de nuestra nacionalidad sino los morales y espirituales que, a la muy larga, son los más importantes, los únicos importantes. Si se multiplican las escuelas deben también —al modo mío de mirar las cosas— de multiplicarse los conventillos, que como ya he dicho son también establecimientos de cultura, de una cultura que —lo que es muy importante— no se enseña en las escuelas. No sólo debe multiplicárselos sino que aún variar las diferentes organizaciones de molestias que desde que se fundó Chile están haciendo inteligente, sufriente y generoso a nuestro pueblo. ¿Es posible que sólo el hambre, el frío, y enfermedades tan conocidos como la tuberculosis y la sífilis tengan a su cargo esta labor de cultura última nacional? ¿No pueden descubrirse otros elementos, no existirían formas complejas del hambre, del frío,

y enfermedades más raras y tan efectivas como aquellas? Esto es grave, esto es importante, ya que toca a los fundamentos mismos y a los fines últimos de la raza.

Por eso, el Gobierno debe andar con pasos de ciego en esto de terminar con los conventillos, que una labor tan efectiva han tenido, tienen y deben seguir teniendo en la formación de nuestro acervo espiritual. El Gobierno debe considerar una serie de cosas antes de proceder a esgrimir la picota de la demolición. Debe considerar, por ejemplo, que la Guerra europea de 1914 perjudicó gravemente a la novela chilena, porque con motivo de esa guerra los alemanes —un sabio judío que vivía en Alemania— crearon el salitre sintético, lo que trajo por consecuencia el derrumbe de la industria del salitre y terminó, en proporciones inmensas el sufrimiento del roto pampino, expresado económicamente en la oración: “explotación del hombre por el hombre”, y se frustró, por ende, la gran novela del norte chileno, que entre los chanchos y los cachuchos ella sola habría nacido, como un sub producto enorme.

Debe considerar también el Gobierno que la sindicalización campesina va a perjudicar, por razones parecidas, a la novela y al cuento campesino chilenos. Nuestro Gobierno debe considerar la personalidad de Mariano Latorre y respetar su personalidad. ¿Qué va a hacer nuestro primer criollista si se termina con la explotación del trabajador de los campos que va a hacer Mariano Latorre, digo, él que se ha preocupado —como todo el mundo sabe— tanto, intensa y repetidamente, de eso en sus libros?

El problema, como se ha estado viendo, es grave, es hondo y de una trascendencia muy extensa. Debe estudiársele, debe nombrarse alguna comisión idónea. ¿Por qué no se consulta a la Sociedad de Escritores? ¿Por qué no hace una encuesta

este diario en que escribo? Yo pido que no se termine con los conventillos, ellos representan nuestra cultura, cultura más verdadera, ni más ni menos que la Universidad de Chile y la Biblioteca Nacional. Si por higiene se quiere acabar con ellos, que se conserven algunos al menos, aquellos de constitución más efectiva, para que un pedazo de pueblo, al menos, continúe esa tradición generosa, sufrida y filosófica que han sido sus mejores atributos. ¡Uno, aunque sea! El sufrimiento es siempre necesario.

Arriendos y clase media

La Hora, 9 de mayo de 1940

Sí, parece que está bien que el Gobierno Supremo se preocupe del alza de los arriendos para bajar el alza de los arriendos. Ellos son el problema crucial de la clase del medio, así como los conventillos son el problema vital, mortal, de la clase proletaria. Una y otra clase, Cristo Pobre y Cristo paupérrimo, tienen su Cruz de duro palo ahí. La clase media está crucificada encima de los arriendos y la clase proletaria está clavada con los brazos abiertos, sin trabajo, en el conventillo. Los arriendos y el conventillo son como la ropa, como el vestuario también.

De un harapiento bien puede decirse que no tiene conventillo que ponerse, y de la clase del medio, puede, con magnífica voz triste, afirmarse que ya no tiene casa que ponerse. El conventillo hiede, hiede y se cae a girones. Por eso que lo van a demoler. Digamos que van a demoler los cementerios para vida de las clases populares. Y con eso van a demoler, un poco, un pedazo, el alma amargada y punzadora del pueblo. Sin los conventillos, quizás, el pueblo no siga siendo triste. Pero yo no quiero ahora volver a decir las mismas cosas. Sólo deseo insinuar alguna cosa acerca de los arriendos y de su alza y del tope que les va a poner el Gobierno.

El Gobierno les va a dar con la puerta en las narices judías a los propietarios de las casas. Con la puerta de sus propias casas. La clase del medio sufre también, la clase del medio está pobre, se encuentra flaca y sin dinero, y no puede pagar los arriendos

que suben como temperatura en su enfermedad enferma. El Gobierno les va a poner un tope ahora. ¿Pero, estará bien eso? ¿Será eficaz? ¿Será, sobre todo, purificado? Me parece que si el Gobierno desea mejorar y multiplicar la raza, no debe obligar a esa baja de los arriendos a los propietarios, ni aplazar para el próximo año nuevo los desahucios. Todo lo contrario, el Gobierno, si desea aquello, debe autorizar liberadamente el alza desbocada de los arriendos y facilitar y aún provocar los desahucios con la fuerza más pública de que pueda echar mano. Yo, parece, pienso así: si los arriendos siguen subiendo, la clase del medio no va a poder pagar, se quedará pegada, clavada, en la imposibilidad de no pagar. Entonces, al frente de cada casa, de cada larga y oscura calle santiaguina, se hará presente el lanzamiento, el terrible mostrario [sic] de los muebles desnudos, desvestidos de la casa, lo mismo que otros raros seres, el catre lleno de sueños fríos, las sillas sin personas, con la falda de madera fría, los espejos reflejando en medio de la calle caras de murallas exteriores, caras de árboles, de carruajes, caras que ellos no entienden. Vivirá desde entonces en la mitad de la calle la clase del medio de Santiago, debajo del cielo raso del cielo, desde el cual no caerán arañas negras, sino las arañas estrellas, la araña luna, encima del tablado de la pura calle, debajo del cual no roerán en el cerebro, en el sueño, los ratones. El Gobierno de ahora mantiene en su programa la intención decisiva de velar por el mejoramiento de la raza. Autorizando, pues, liberadamente, los lanzamientos y provocándolos, deliberadamente, con el alza muy desmesurada de los arriendos, nunca habrá entrado tanta cantidad de aire puro en los pulmones de la clase del medio como cuando eso ocurra. En las camas sucias, feas, húmedas, oscuras, no hay más aire para los pulmones que el que emana de ese tenebroso ¡AH! de la suciedad, de la

fealdad, de la humedad y de lo oscuro. Las casas dan profundamente su aire para vivificar de muerte a la esforzada clase del medio de Chile. Hasta las paredes carcomidas y los vidrios rotos y mosqueados dan su viento adentro de las casas que habita la clase del medio. ¡Mientras que afuera, en el aire de la calle, en el patio grande que yo preconizo, en el prolongado pasadizo de ahí, qué aire más puro, más liberado de cadenas húmedas, de cadenas negras, respiraría la clase del medio! ¡Qué aire sin piezas empapeladas con arañas y cucarachas mojadas! Ahora, estoy llamando la atención del Gobierno acerca de esto. ¿Por qué no provoca de esta manera que le digo la vivencia de la clase del medio en la mitad de la calle? Ahí no se colará el aire por ninguna hendidura de la puerta para que entre la pulmonía, ahí no se lloverá en el invierno la pieza, el tejado del cielo no dejará pasar la lluvia, ahí no se moquearán los vidrios invisibles de la calle. Y todo ese conjunto provocará de un modo numeroso la salud de la raza del medio y en la mitad del mundo natural de la calle pisando la tierra de la tierra y no la tierra de las tablas, crecerán más duros y saludables los hijos multiplicados de la esforzada y triste y oscura clase del medio. Se ganará en salud y se ahorrará dinero.

¿De qué sirven las casas? ¿No ha bastado con encerrar el cuerpo dentro de grandes pedazos de género y apretarlo ahí dentro? También lo encierran en las casas, en eso que llaman así, como si el cuerpo fuera algo peligroso. Las casas vienen a ser la ropa, y el traje grande que se le pone a la familia. ¿Y de qué sirven las casas? ¿De qué han servido nunca sino ha sido para crear instituciones tan ridículas como el matrimonio y su comentario jocoso, el adulterio, y creencias tan esotéricas como la propiedad y sus críticas acerbadas y totales, el robo, el hurto? ¿De qué han servido las casas sino para dar a luz la

parte más deslavada y reblandecida de la novela francesa? No es posible, en Chile, que el Gobierno quiera seguirse preocupando preferentemente del cultivo del arte galicado, y que la ley que rebaja los arriendos tenga por motivo no dicho, pero adivinado, la prosperidad de los dramas de familia, con proyecciones hacia el teatro y el Juzgado. No, no, Supremo Gobierno. Lo que parece, generalmente es. Pero otras veces, lo que parece, generalmente no es. Supremo Gobierno, si Ud. quiere hacer algo firme, positivo y muy eficaz, por la clase del medio, a la cual con todo mi cuerpo pertenezco, usted debe no sólo no impedir el alza de los arriendos, sino autorizarlos y aún más, obligar el alza. Otra cosa es pensar que usted, Supremo Gobierno, desea, so capa, que la clase del medio perezca de un modo lento en el interior de la casa. Pero ella prefiere, yo bien lo sé, vivir en la calle, en esa pieza grande, en la cual no se puede andar desnudo.